

Año V. Barcelona 26 de Junio de 1891 Núm. 24.



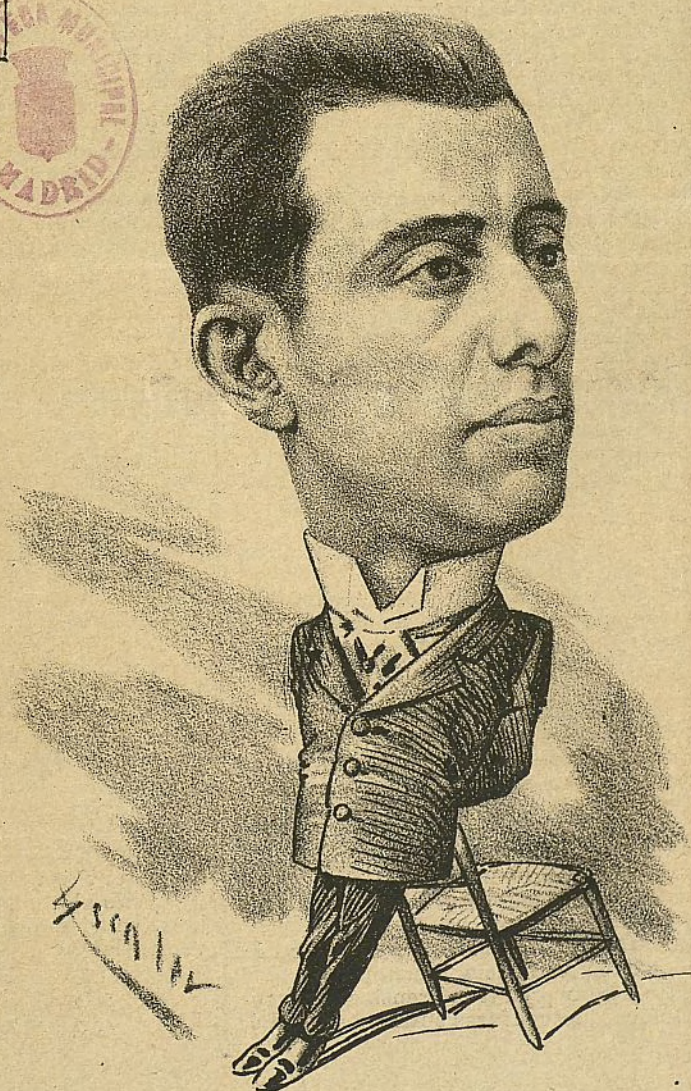
La Semana Comica

DIRECTOR: J. FERNANDEZ DE LA REGUERA.

PERIÓDICO LITERARIO,
ILUSTRADO.
—
ADMINISTRACION:
Plaza de la Universidad. 5

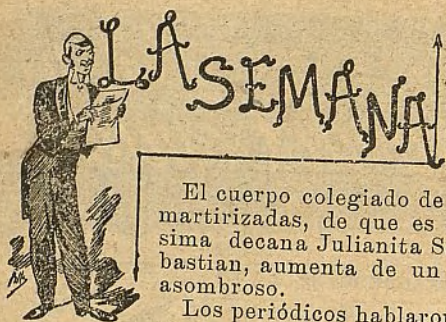
Lit. Miralles. Union. 17.

NUESTROS ACTORES, POR ESCALER.



MARIANO DE LARRA.

Ayuntamiento de Madrid



El cuerpo colegiado de niñas martirizadas, de que es dignísima decana Julianita San Sebastian, aumenta de un modo asombroso.

Los periódicos hablaron primero de una infeliz criatura apaleada cruelmente por su madre y por el amante de ésta; más tarde, de otra niña abandonada por sus progenitores en el andén de una estación; luego... ¿quién sabe? se hablará de que un malvado ha conseguido entrar en el «Sagrado Corazón» y se ha puesto á comer colegialas como quien come bisaltos, tirando de la cabeza hacia fuera y dejando pelada la columna vertebral.

—¿Sabe V. lo de Cáceres?

—No señor; ¿qué ha ocurrido?

—Una criada de servicio, para ocultar su deshonor, ha arrojado por el común el fruto de sus ilícitos amores.

—¡Cielos! un infanticidio...

—Y corrupción de menores, además.

—¿También eso?

—¡Naturalmente! ¿Que, essinó corromper menores, arrojarnos en un sitio tan hediondo?

Siempre ha sido malo que las niñas se pierdan.

Pero ahora ¡oh, padres que teneis hijas! es indispensable que no les quiteis ojo, que tengais la vigilancia redoblada y el paso redoblado y demás.

En caso contrario, cualquier enemigo de la infancia puede dar á vuestra hija un golpe en la cabeza ó en sitio peor y, al instante, la llevarán por la posta al gabinete antropológico, antropométrico y antropodecimal para fotografiar la herida, previo el correspondiente corte de pelo.

—¿Dónde está la chica?—preguntaremos entonces.

—Se la ha llevado á Madrid el juzgado. Dice que van á sacarle de la herida no sé qué.

—Alguna esquirra, sin duda.

—No señor: una fotografía, ahora que recuerdo.

—Camarada, pues para supurar retratos ¡buena herida tiene que ser!

La fotografía aplicada á los autos judiciales la ha puesto en moda la niña Juliana, á quien le han retratado la cabeza con todos sus pelos y señales.

Mejor dicho; con las señales tan sólo, porque el pelo se lo cortaron á punta de tijera.

No me extrañará leer dentro de poco por las calles de Barcelona:

«Fotografía de Napoleón; proveedor de SS. MM. y de la Audiencia Territorial.»

Cada día nos sorprende la prensa con el relato de nuevas desventuras sufridas por tal ó

cual infante, adolescente ó impúbero; y así los vientos de la publicidad hacen vibrar las fibras del corazón sensible, como el soplo del viento hacía sonar en dulcísimo acorde las cuerdas de las arpas eólicas, suspendidas en los bosques sagrados...

Y dispensen ustedes la forma poética.

¿Qué tiene que ver el suplicio del niño de la Guardia que pintó Bayeu en los claustros de la catedral de Toledo, ni qué el martirio de Santo Dominguito de Val, pintado en La Seo de Zaragoza, al lado de los crueles tratos de que han sido víctimas Julianita y compañeras mártires?

Sin duda han vuelto los ominosos tiempos de Faraón y de Herodes, y apenas si pueden salvarse del general atropello algún Moisés puesto en cesta, como las fresas de Aranjuez, ó algún Jesús huyendo á Egipto á todo escape.

Los dedos se nos antojan madres desnaturalizadas, tutores sanguinarios y dueñas sin corazón ni entraña alguna.

El sentido moral no parece, según afirman. Pero ¡ay! que el sentido común también anda extraviado.

Romero Robledo habló en el Congreso del asunto y por poco le unen á los autos de «la niña martirizada».

—Miren Vdes.—decían en la tribuna de la prensa:—el defensor de la duquesa odia á la infancia lo mismo que su defendida.

Y, en efecto, parecía que el jefe reformista iba á comerse los niños crudos.

El mejor día irán al juez de guardia con una denuncia gravísima:

—¿Sabe V. lo que ocurre?

—¿Qué es ello?

—Con toda la reserva que exige el caso, le diré á V. que en un establecimiento de bebidas de Hostafranchs se hace un comercio horrible con inocentes criaturas.

—¡Horror de horrores!

—Si señor; las víctimas son traídas expresamente del extranjero, y cualquier parroquiano se echa al cuerpo una de ellas por la módica cantidad de dos reales.

—Y eso ¿cómo me lo hará V. bueno?

—Señor, apelaremos al aplaudido sistema de alquilar un local contiguo.

—¿Connmigo?

—Quiero decir, un local de al lado; V. lo oirá todo por el agujero de la llave ó por la gatera, y tenga la seguridad de que ha de sorprender *in fraganti* á los culpables.

A los pocos días el denunciador, el juez, el escribano y una pareja de guardias civiles, pegando las orejas á la pared medianera «de que queda hecho mérito», tienen ocasión de escuchar este diálogo horrible:

—¡Mozo!

—¿Qué va á ser, señorito?

—¡Una chica alemana!

—¡Alto ahí, miserables!—dirá, saliendo, el juez, surgiendo del tabique y repitiendo los versos del Comendador:

*los tabiques más gruesos
y los muros más espesos
se abren á mi paso: ¡mira!*

—Pero, señor Juez ¡si pido una botella de cerveza!

—No te ha de valer la cerveza ni el mismo Gambrinus ó quien fuera el que la inventó.

Para sustos no vamos á ganar, si esto sigue.

En algún periódico de gran circulación veremos esta espantosa noticia:

«Llamamos la atención de quien correspon-da, sobre un horrible delito que, según las versiones de la vecindad, se está ejecutando en una aristocrática morada.

Trátase, no de una niña solo, sino de dos niñas gemelas martirizadas cruelmente. El autor material del hecho parece ser un co-nocido Doctor en Medicina, pero lo más repug-nante del caso es que la familia delas víctimas paga á buen precio al médico citado su horri-ble tarea de mutilación y martirio.»

Se indignará el público, se pondrán en mo-

vimiento los *reporters*, se nombrará á escape un juez especial...

Pero antes de que el asunto pase á mayores, rectificará de este modo el mismo periódico:

«El hecho que ayer denunciarnos como cons-titutivo de delito tiene una sencilla explica-ción. El doctor á quien denunciarnos es un afamado oculista de la Côte; la familia que le paga su trabajo quirúrgico pertenece á la más linajuda nobleza y las niñas martirizadas no son otras que las correspondientes á los ojos de un individuo de esa familia, enfermo de ca-taratas hace mucho tiempo.»

Hasta ahora no sabemos cuál es la niña á quien le toca el turno de martirio.

Pero indudablemente aparecerá otra y aun otras, como el público no diga, al leer noticias de esa clase:

—¡Qué niña martirizada ni qué niño muerto!

Luis ROYO VILLANOVA.

FRAGMENTO

(DEL POEMA INÉDITO *El amor y los nervios*.)

¿Y tú me pides, Lola,
la historia de mis íntimos amores,
que fueron muchos, pero fueron flores
con que un ramo formé para tí sola?

Pues, antes de empezar, yo te confieso
que eres, Lola querida,
el único amor grande de mi vida,
de mi eterno dolor el contrapeso
y que cifro en tus ojos mis placeres
y en cada paso tuyo pongo un beso.

Y después, complaciente á tus preguntas,
te haré mi confesión, si así lo quieres.
Quise mucho á muchísimas mujeres...

¡Hoy te quiero á tí más que á todas juntas!
Los que fueron testigos de mi infancia
y amigos de contar lances extraños
de mi precocidad, me han referido
que yo hablaba de amor á los seis años
(y conste que el decirlo no es jactancia
de lo precoz que he sido.)

De niño amaba ya con gran violencia;
mas, en la adolescencia,
en frenesí tocaron mis pasiones;
entera dediqué mi inteligencia
á explorar femeninos corazones;
y unas veces querido, otras odiado,
á los dulces amores de la tierra
toda la juventud he consagrado,

y unas veces en paz, y otras en guerra,
¡sólo tú y yo sabemos lo que he amado!
Pues te repito lo que ya he jurado,
mi hermosísima Lola:
¡que todos los delirios que he soñado
los recojes tú sola!

Mas ¿cuál será el enigma misterioso
de tanta sed de amor y de belleza?
Te confieso el pecado con franqueza:
Lola, yo soy nervioso, muy nervioso.

Con estos nervios míos,
que se me alteran sin cesar, hermosa,
llego á soñar que hay mares donde hay ríos
y siento inexplicables desvaríos
y antojos de llorar por cualquier cosa.

Así, cuando yo adoro,
pongo á mi amor distante como el cielo
y, si *ella* es un tesoro,
me vuelvo más celoso que un Otelo;
y, viceversa, cuando al pecho mío
cobia con sus alas el hastío,
por mucho que me quieran,
de las mujeres y el amor me río
y las caricias ya me desesperan.

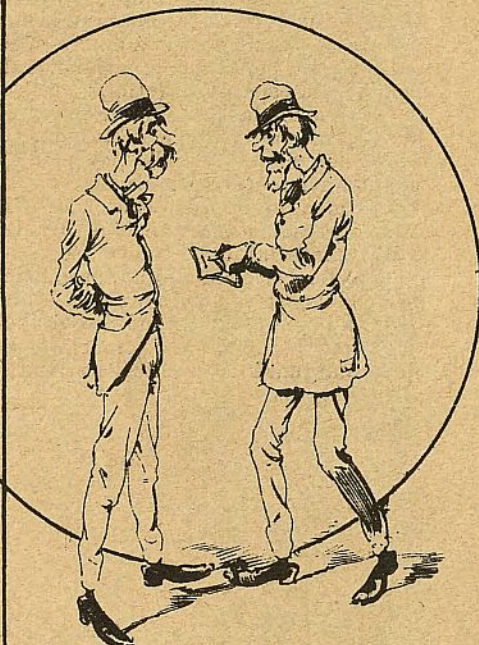
Y son mis nervios, Lola de mi vida,
una locomotora,
que á poco de parar corre enseguida
á sesenta kilómetros por hora.

RICARDO J. CATARINEU.

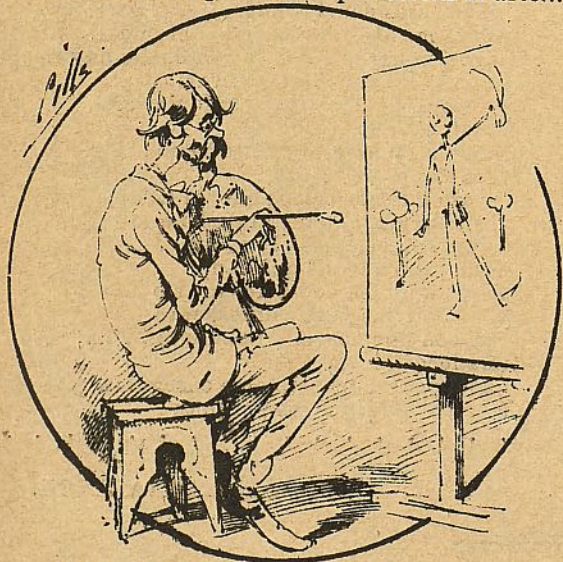
PROTECCIÓN AL ARTE, POR CILLA,



—Ya ve Vd.: yo tengo 60 años ¿y qué soy? Teniente. Y es porque el arte militar está perdido, y mientras no se preste más protección al arte...



—Pues se la llevé á Mario, y me dijo que no podía representármela. Y es que aquí, mientras no se proteja al arte...

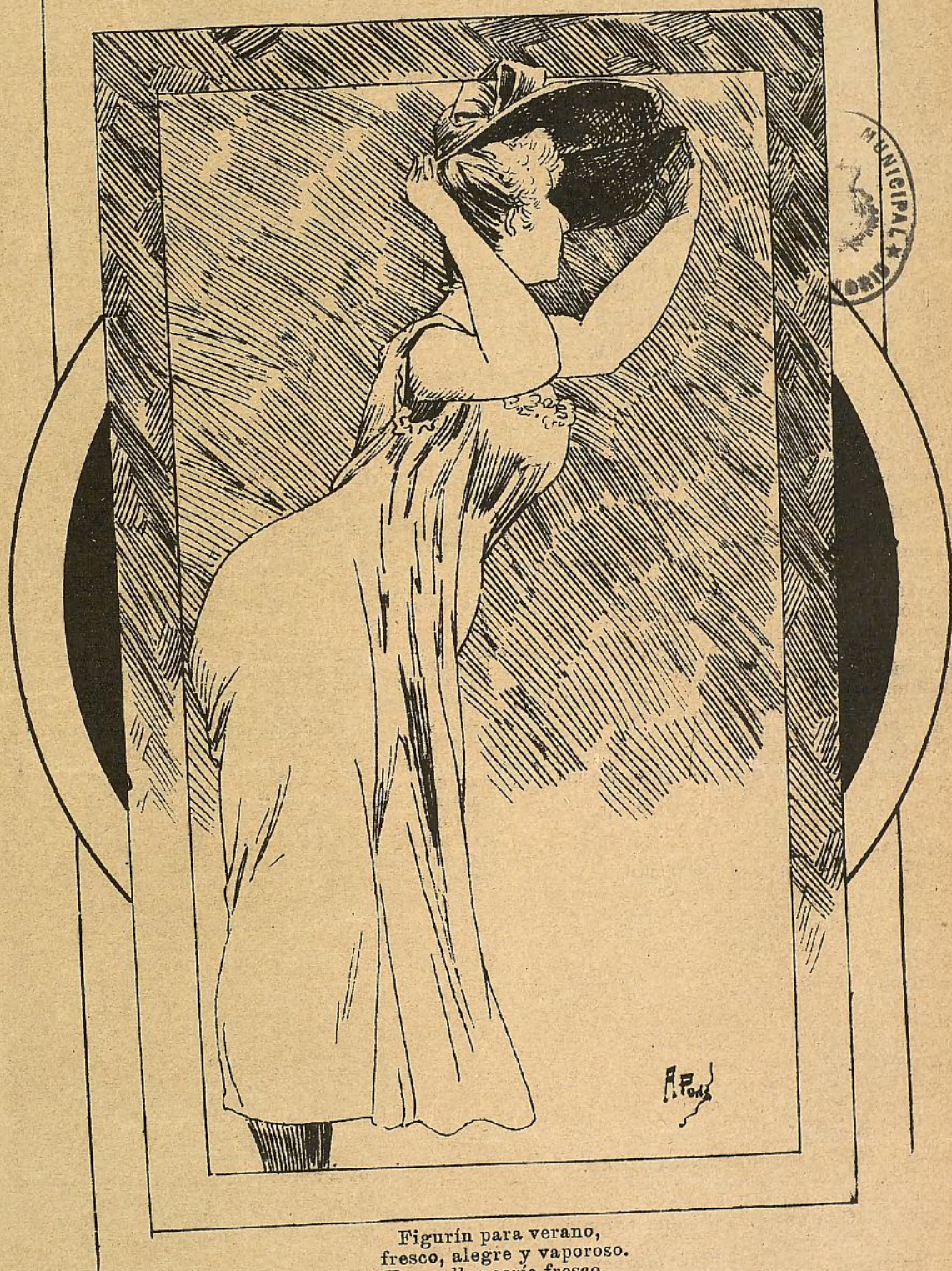


—¿Mire Vd.? que rechazarme el cuadro! Está visto que aquí nadie protege al arte.



—Porque el arte ¿sabes tú? está perdido. Y mientras que el gobierno no diga: voy á proteger al arte...

PARA VERANO, POR PONS.



Figurín para verano,
fresco, alegre y vaporoso.
(Para ellas sería fresco,
para los demás... lo otro.)

¡YA ESCAMPA!

(ESCENA DOMESTICA.)

- LA NIÑA. ¿Han llamado?... El corazón me dice que es Ramoncito.
LA MAMÁ. ¡Justo! ¡Aquí está el pobrecito!...
RAMÓN. ¡Qué buen muchado es Ramón!
LA NIÑA. ¡Felices!
LA MAMÁ. ¡Cuánto placer!...
RAMÓN. Gracias.
LA MAMÁ. Por fin ha querido visitarnos.
RAMÓN. He subido porque empezaba á llover.
LA NIÑA. Agradezco la visita.
LA MAMÁ. Pura, cógele el sombrero. Siéntese usted lo primero. Aquí, al lado de Purita.
RAMÓN. Está la tarde tan mala y tan cruda....
LA NIÑA. Si; muy cruda.
LA MAMÁ. Ahora la lluvia es menuda.
RAMÓN. Es menuda, pero cala.
LA NIÑA. ¿Ves si tenía razón, mamá, cuando te decía?...
LA MAMÁ. ¿Quién te anunció que venía Ramoncito?
LA NIÑA. ¡El corazón!
RAMÓN. ¿Sí?... Difícil no lo hallo. Yo la lluvia presagiaba desde ayer. Me lo anunciaba...
LA NIÑA. ¿Su afán de venir?...
RAMÓN. No: un callo. Es el primero que nota...
LA MAMÁ. ¿Le duele?...
RAMÓN. ¡No ha de dolerme! Pues si he tenido que hacerme un agujero en la bota.
LA NIÑA. ¡Y estaban nuevas!...
RAMÓN. Si me coge un aguacero, claro, por el agujero se me cuela la humedad. Por más de que piso bien, me constipo.
LA MAMÁ. ¡Qué desgracias!
RAMÓN. ¡Atchis!
LA NIÑA. ¡Jesús!
RAMÓN. Muchas gracias.
LA MAMÁ. ¡Que Dios le haga un santo!
RAMÓN. ¡Amén!
LA MAMÁ. (Pínchale, niña...)
LA NIÑA. ¿Y qué tal su tía?
RAMÓN. Mala. ¡Es tan vieja!...
LA MAMÁ. ¡He oído que á usted le deja á su muerte un capital!
RAMÓN. Creo que un millón me apronta.
LA NIÑA. ¡De veras!
LA MAMÁ. ¡Qué fortunón!
(¡Sácale conversación,
- Purita, no seas tonta!)
Pues yo, aunque tarde le vea, no le olvido.
(¡Así! ¡Así!...)
(Animándola.)
¿Sigue chispeando?...
Sí.
Aun parece que chispea. (Pausa.)
¡Picarón!... Sé lo que pasa.
¡Ya está usted un buen sujeto!...
¿Qué sabe usted?
El objeto que trae á usted á esta casa.
¿Qué traigo?...
¡Pues bueno fuera que yo ignorara!.. ¡Ah, gran tuno! Yo no traigo objeto alguno; ni paraguas tan siquiera.
RAMÓN. Para una madre no hay redes en amor. Sé á lo que aspira, y sé que Pura suspira, y que se entienden ustedes. Cuando nace una pasión y crece, sigue creciendo, hasta... ¿Me entiende?...
Ya entiendo.
¡Demonio, qué chaparrón!
(Mirando á la ventana.)
Usted ya sabe vivir, y si Pura es su mujer cumplirá con su deber...
RAMÓN. ¡Claro, pues no ha de cumplir!
LA MAMÁ. Ella siempre está bordando, y toca el piano un poco...
LA NIÑA. Ya sabe Ramón que toco.
RAMÓN. ¡Parece que va escampando!
LA MAMÁ. ¡Usted es guapo!
Es merced.
Y un chico listo.
RAMÓN. ¡Qué escucho!
LA MAMÁ. En fin, que vale usted mucho.
RAMÓN. Es favor que me hace usted.
LA MAMÁ. Que es bella á la vista salta; que usted la adora imagino, y quiero abrirle camino...
RAMÓN. (Eso es lo que me hace falta.)
(Mirando á la puerta.)
Será su ángel tutelar.
LA NIÑA. ¡Mamá, por Dios!...
LA MAMÁ. ¡No, que no! Pues si no te alabo yo, dí, ¿quién te debe alabar? No es pedigüeña ni avara. Usted verá...
¿No he de ver?...
Ha parado de llover...
¡Voy á aprovechar la clara!
(Vase corriendo.)
Y se marcha de rondón!
LA NIÑA. ¡Sin despedirse y corriendo!...
LA MAMÁ. ¡Si te lo estaba diciendo!
¡Buen pillo es el tal Ramón!

José JACKSÓN VEYÁN.

«CAVALLERIA RUSTICANA»

A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO SPORTMAN D. RAMÓN BARROS.

A usted, querido Ramón, que monta con tal soltura y con tanta perfección, contaré mi desventura, si me presta su atención.

Como yo no sé montar, sostenerme allí no puedo. No me quiero descrismar y le tengo mucho miedo sin poderlo remediar. El decirlo no me humilla: no soy Cid y no batallo y una vez puesto en la silla, se va estrechando Castilla delante de mi caballo.

Como pueda yo ir á pié, á tal medio no recurro, y en el trance, siempre opté desde luego por el burro. ¡Simpatías! ¡Ya ve usted! Mas ¡ay! Que por mi dolor, nació en mi pecho el amor, y por ver la estrella mía, cometí una tontería de las de marca mayor.

La muchacha está distante. El camino está muy mal, y yo, rendido y amante, quise hacerme el elegante... ¡y ojalá no hiciera tal!

En el jaco de un vecino me subí aterrorizado, y partí por el camino, yendo á paso reposado para no perder el tino. ¡Que piernas! ¡Que posición! Me doblaba, me vencía... y si daba un estirón, el pobre bicho corría... dándome la desazón.

Por el temor de caer, los lomos le atarazaba y él... ¡empezaba á correr! Y yo, infeliz, sin saber á qué santo le rezaba.

Pegó un salto el mal rocín, provocando así mis quejas. ¡Yo pasé las de Caín, agarrándome á la crin y lo mismo á las orejas!

Vióse, por fin, la alquería donde mi amada vivía, y fui tan solemne zote, que quise salir al trote para ver si me lucía.

Pero apenas él sintió la espuela, salió escapado, de mano se levantó y... nada... ¡que me tiró sobre un pajar el malvado!

Maltrecho me presenté á la dueña de mi fé, que esperaba en la ventana, cojo, y con la americana manchada de no sé que.

Ante el dulce lumínar que por sus ojos desprende, me hizo la chica jurar el no volver á montar... (en animales, se entiende).

De modo, mi buen Ramón, que si recibe algún día mi esquila de defunción, afirme, y tendrá razón, que he muerto en infantería.

José M.^a DE LA TORRE.

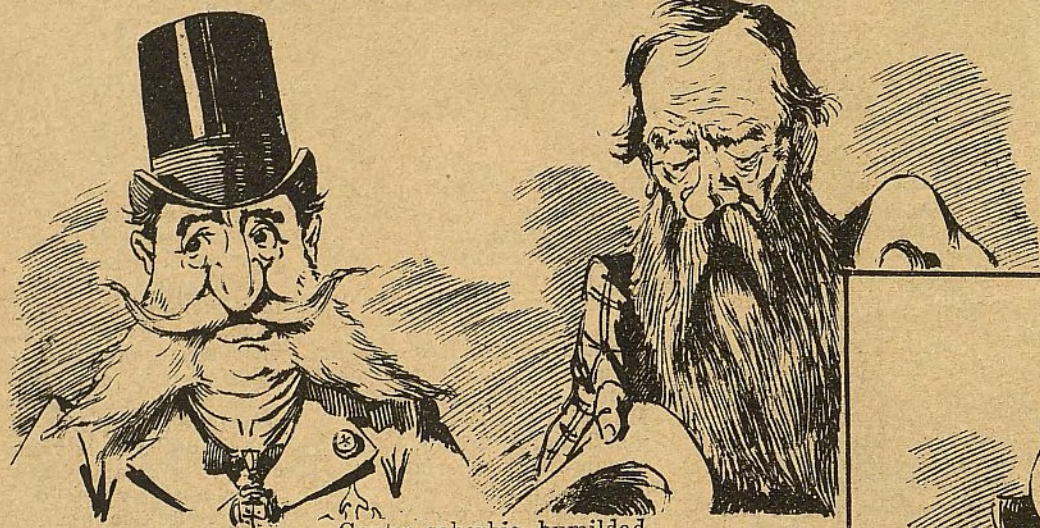
EL TRAGO DEL LATIN

Era de la piel del demonio aquel granuja de chico; no había travesura que él no conociera ni dejaba en paz á nadie en la calle, y raro era el día en que su pelota de baqueta no hacía en los cristales de las tiendas algún agujero. Asustar á los pacíficos transeúntes con garbanzos de pega; colocar en los railes del tranvía fósforos de trueno, para que estallasen con la pesadumbre del coche; arrimarle á los aguadores zurriagazos en las piernas y salir á escape huyendo de la patada asturiana; atarle á los perros botes vacíos de hoja de lata; cuantas marrullerías ha inventado la ciencia de la vagancia, resultaban cosa de poca monta para el muy pillastre del zagalón, veterano en toda suerte de granujadas. Ya se le conocía la falta de un padre que le hubiera medido las costillas con una vara; su pobre madre no podía traerle al buen camino, y en vano el maestro castigaba frecuentemente al muchacho, no consiguiendo otra cosa sino que el muchacho menudeara más sus novillos; al cabo, tras de muchos años de inútiles clamores, quiso Dios apiadarse de la infeliz mujer y la envió un sacristan amigo, que se ofreció á meter en cintura al tunante, colocándole de monaguillo, en la sacristía á fin de tenerle siempre al lado...

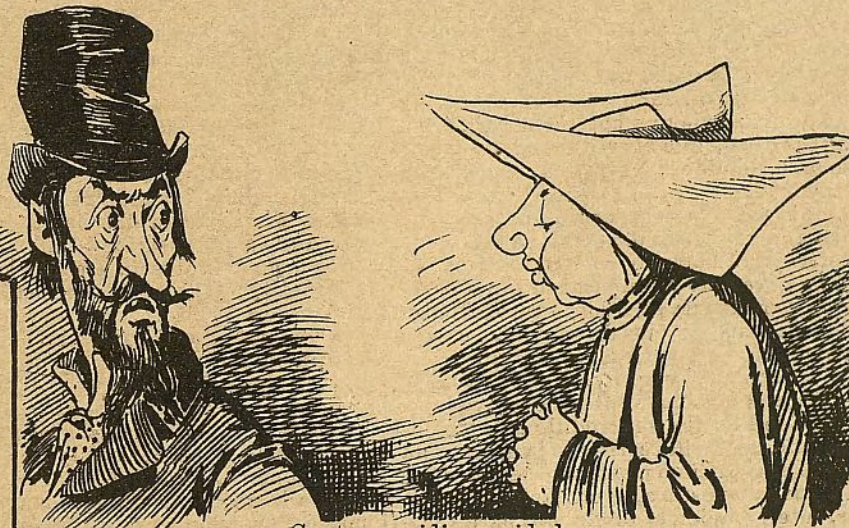
Claro es que, como reza fundadamente el pro-

verbio, que el genio y la figura hasta la sepultura, el diantre del mozo continuó tan marrullero y cerril como siempre, sin que le importaran un pito las cejas fruncidas, el gesto de vinagre y las voces con que su superior gerárquico le recibió al darle posesión de su plaza. Y en cuanto el chico se enteró de las entradas y salidas y averiguó los rincones de la sacristía, trasladó sus reales á la iglesia, tomándola por nuevo campo de sus hazañas. El sacristán echó de ver enseguida la presencia del rapaz; la pasta de las hostias, que antes cundía una atrocidad, se acababa ahora enseguida y el vino, el buen vinillo generoso de color de topacio que se usaba en la misa, marchábase por la posta... El autor de estas rapacerías era indudablemente el nuevo monago; no cabía duda. Y el pobre hombre, tornándose todo ojos, acechaba al truhán, vigilándole con disimulo, para sorprenderle cometiendo el delito y descargar sobre su cabeza el peso de su ira... Pero el pez no mordía el anzuelo, el mozo no caía, y el sacristán se devanaba los sesos preguntándose cuándo realizaba sus hurtos el impenitente acólito.. Y en estas, bajaba de lo lindo la renta de recortaduras y de clarete, hasta el punto de que ya el primer teniente llegó á percatarse de que alguien más que los sacerdotes encargados del culto, consumía á diario, siquiera no acompañara el acto de oraciones ni lo llevara á cabo delante de los fieles.

CONTRA ESTOS SIETE VICIOS, HAY SIETE VIRTUDES, POR MECACHIS.



Contra soberbia, humildad.



Contra envidia, caridad.



Contra avaricia, largueza.



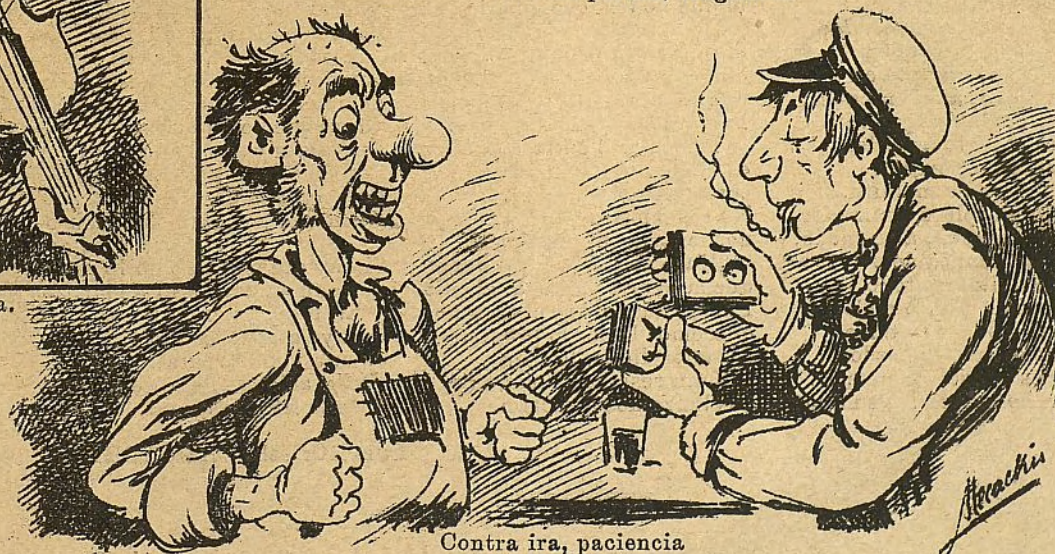
Contra gula, templanza.



Contra pereza, diligencia.



Contra lujuria, castidad.



Contra ira, paciencia
(y barajar.)

Un día, á punto de que se preparaba en el templo una gran función con orquesta y colgaduras, de esas que revuelven una sacristía, el sacristán, que ya se la tenía urdida al muchacho, le entregó la llave de la cueva y le dijo con absoluta naturalidad:

—Mira, toma; coje una botella y baja á llevarla al barrilito, que el vino que teníamos aquí se ha concluido... Yo voy á preparar el altar mayor mientras...

El galopín tomó la llave, cogió un casco y se largó hacia la cueva por el portal, en tanto que el sacristán, arramblando con dos candeleros, se entró en el templo á preparar la función solemne que comenzaría pasado un rato. Al chiquillo le bailaban los ojos de contento; en dos saltos se plantó en la cripta, abrió la puerta, que dejó entornada, y aprovechando la tibia luz que llegaba por una ventana enclavada al ras del piso de la calle, se arrodilló delante del barril y llenó la botella, cerrando la espita una vez que vió el riquísimo mosto rebosando. Luego, sin variar de postura, se embauló un trago regular, interrumpiendo el *glu glu* para recobrar la respiración y murmurando con deleite, castañeteando la lengua: —¡Buena pieza es este vinillo... Ya tenía yo gana de echarle el ojo encima!.. Satisfecho el apetito, tornó á colocar la vasija en la espita, para reemplazar la ración que acababa de trajelarse, y después dejó la cripta y subió en otros cuatro brincos los ruinosos escaloncillos de piedra que terminaban en el portal...

Pero, el bien gozado había dejado en su espíritu huellas muy profundas... Aquel vinillo generoso era una maravilla... Sin darse él cuenta, se relamía de gusto con sólo recordar la libación. Y el caso era que el haber bajado á la cueva se debía á una pura casualidad, á que sin duda el sacristán con la función de por la mañana no tuvo tiempo á primera hora de ocuparse de tal cosa... Ya se lo dijo un compañero, que, como él, daba tres y raya al más granuja... El pajarete del barril podía muy bien resucitar á un muerto... Nada... nada... ¡Sabe Dios cuando volvería á echar la vista encima al tonel y, por si acaso, convenía embaularse el último traguito!

Y empujando el codo, murmuró con un repentino arranque de su ingenio de granuja:

—*Et cum spiritu tuo.*

Pero, á la vez que aplicaba los labios á la botella, estalló detrás de la puerta una voz bronca que gritaba *Amen*, y una pierna surgió de la sombra, arrojándole al muchacho en salva sea la parte un puntapié mayúsculo, que le metió de rondón en la sacristía, sin permitirle realizar su deseo, apareciendo junto á la pared hundida en la oscuridad la iracunda figura del sacristán, que había aguardado desde su escondite el paso del acólito. Y aquella mañana, antes que en la iglesia, hubo otra solemne función de desagravio en la sacristía.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

AHI VA ESO

Sólo tenemos, señores, por nuestra mala fortuna, dos ó tres buenos autores. En cambio, tenemos una multitud de imitadores.

No quiero llamarla *horda* ó *turba* necia y audaz que sin cesar se desborda; sólo diré que es capaz de imitar al *Sursum corda*.

Esa plaga, á mi entender, si algo copia ó algo imita es para echarlo á perder, lo cual, á mi parecer, no tiene gracia maldita.

No hay coplero ó rimador que no pretenda, á su modo, imitar á Campoamor.

Aquí lo imitamos todo. Si es malo... ¡tanto mejor!

Cada loco con su tema. Aunque el arte se desdora, copiar es nuestro sistema...

¿Quién no ha escrito su *dolora*

ó su *pequeño poema*?

Que es grave el mal, se tras-
[luce;

mas cunde y se reproduce.

Todo el mundo se contagia.

El que no imita traduce;

el que no traduce, plagia.

De tal modo, ¡oh Veremundo!

el imitar nos complace,

que escribió un genio fecundo

una humorada... ¡y ya hace

humoradas todo el mundo!

Y ¡es claro! en la actualidad

es el género que priva

como última novedad.

No tenemos inventiva,

no, señor... ¡ni dignidad!

¿Hace un autor algo bueno

que subyuga y que *da el opio*?

Pues, nada, sobre el terreno

queremos hacer lo propio...

ó, mejor dicho, lo ajeno.

Y sin respeto al lenguaje,

nos lanzamos á escribir

lentos de envidia y coraje...

¡No podemos consentir

que nadie nos aventaje!

Si alguien su ingenio acredita,

esa caterva mengua la

se desespera y se irrita

y, creyéndose humillada,

para vengarse... ¡le imita!

Y al imitarle, señores,

como tiene el don funesto

de no entender de primores,

va y pone de manifiesto

sus faltas y sus errores.

Y de esa manera toma

la venganza que desea.

No hablo, por desdicha, en bro-
[ma.

Si hay alguien que no lo crea,

que con su pan se lo coma.

En todo, por nuestro mal,

influye esa turba aleve

de una manera fatal.

¡Desgraciado el que se atreve

á hacer algo original!

LUIS RODRIGUEZ CABRERO.

EL RESPONSO

Aunque vibra el guitarrillo
con pulsaciones alegres,
que se extienden por las calles
del pueblecito que duerme;
aunque al compás de las cuerdas
la jota salta valiente
del corazón de los mozos,
y resuena, como siempre,
vibrando en su son guerrero
algo que á español trasciende
y que difunde en la sangre
quijotesco impulso de héroe,
nadie en el pueblo la escucha,
ni la aplaude, ni la siente,
y en la calle solitaria
sus francos tonos se pierden.
«Que toquen el guitarrillo
á la hora de mi muerte,
que en vez de responsos, oyen
jotas, los aragoneses.»
Está cerrada la noche,

y las estrellas parecen
chispas, que saltan del velo
que al brillante día envuelve
y, como lluvia nublosa,
en polvo de luz descienden.

Al pié de larga ventana
de pesadas rejas verdes,
se hallaron Niscon y Pablo
por un azar de la suerte.
Que aquel ventanal pesado
es de una *chiquia*, lo advierten
sus entrelazadas matas
de jazmines y claveles.
Silbó Niscon; silbó Pablo,
miráronse frente á frente
y con chispeantes ojos,
y temblona voz, dijéronse:
—¿Qué buscas aquí?

—Lo mío.

—Va á haber coces, con que
—¡Cá da-berlas!

[¡vete!]

—Pus aguanta ..

Se oyeron palabras fuertes,
pataleo, resoplidos,
golpes, el crujir del muelle
de una navaja, después
un grito... y calma de muerte.
Y dominando el silencio
allá á lo lejos, perdiéndose
entre la obscura distancia,
las notas lejanas, tenues,
que saltan del guitarrillo,
y en el aire se revuelven.
Y la rondalla se acerca,
el són se aproxima y crece,
y mientras Pablo agoniza
un cantar nace valiente.
«Que toquen el guitarrillo
á la hora de mi muerte,
que, en vez de responsos, oyen
jotas los aragoneses.»

ADOLFO LUNA.

AL QUITE

Un sablacista feróz
que vive de lo que saca
á las personas sensibles,
me escribió ayer esta carta:

«Respetable señor mío:
de las cosas que me pasan
quisiera poderle dar
una idea aproximada
á fin de que comprendiese
las horribles circunstancias
en que estoy desde el comienzo
de la presente semana.

Hace seis días que llueven
las penas y las desgracias
sobre mí, de una manera
tan persistente y tan... bárbara,
que el *agua* me llega al cuello
y ya las fuerzas me faltan.

Mi esposa dió á luz el lunes,
á las diez de la mañana,
dos niñas que son los números
doce y trece de la *tanda*.

El martes vino mi suegra
y al observar que en mi casa
no quedaban ya más muebles
que tres sillas y dos camas,

y un sofá desvencijado
y una mesa derrengada,
me llamó bruto, holgazán,
imbécil y papanatas
y me señaló después
sus diez uñas en la cara.

El miércoles recibí
tres tarjetas respaldadas
por otros tantos *ingleses*,
los cuales me amenazaban
con romperme tres costillas
(es decir, una por barba)
si faltaba nuevamente
á mis promesas sagradas.

El jueves llegó el casero
y, al ver que no le pagaba,
me llamó pillo y se fué
hecho un tigre de Bengala
á extender las papeletas
para que me *desahuciaran*.

El viernes, un alguacil,
con formas muy destempladas,
me entregó una citación
que me comí sin tardanza,
pues con el constante ayuno,
mi vista está tan turbada,
que cualquier cosa que veo

se me figura una hogaza.

Y, en fin, para que acabase
dignamente la semana,
hoy sábado me han salido
seis diviesos en la espalda.

¿Le parece á usted que puede
haber mayor abundancia
de desdichas? ¿No es verdad
que soy bien digno de lástima ..
y de que me mande usted
diez duros que me hacen falta?

Y acabo de contestar
á la epístola copiada:

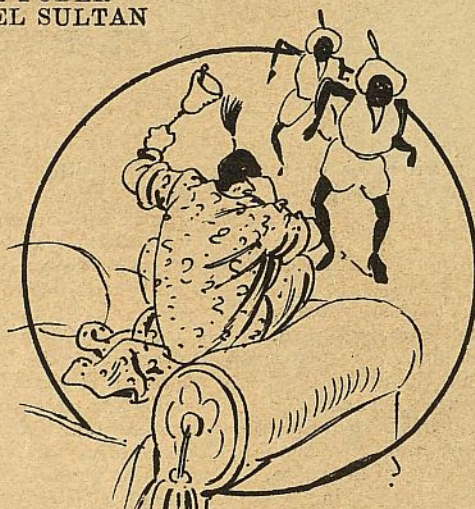
«Muy señor mío: ya veo,
por lo que dice en su carta,
que abunda de un modo atroz,
en su cuerpo y en su casa,
los granos, los arañazos,
los disgustos, las desgracias,
las penas, las privaciones,
las terribles amenazas...
Pero estos no son motivos
para que pierda la calma,
pues hay un refrán que dice:
¡que lo que abunda no daña!

TOMÁS CAMACHO.

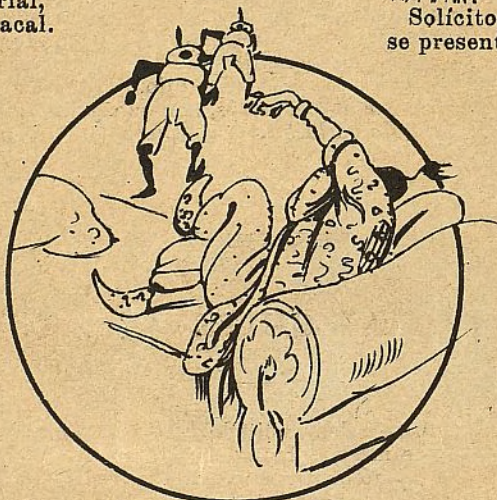
UN ABUSO DE PODER
6 LA MUELA DEL SULTAN



Su Magestad Imperial,
rugiendo como un chacal.



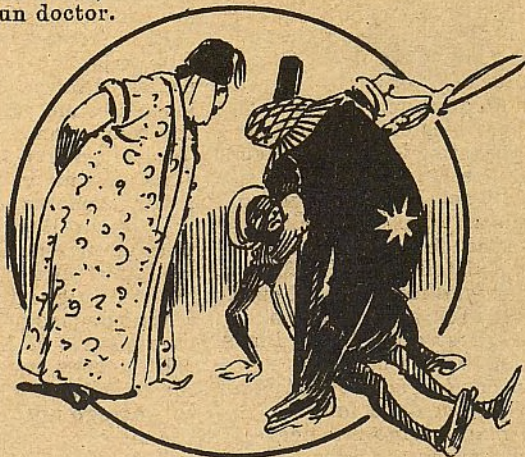
Solicitos y escamados,
se presentan sus criados.



Manda, loco de dolor,
que le traigan un doctor.



Pero antes quiere saber
si tendrá que padecer.

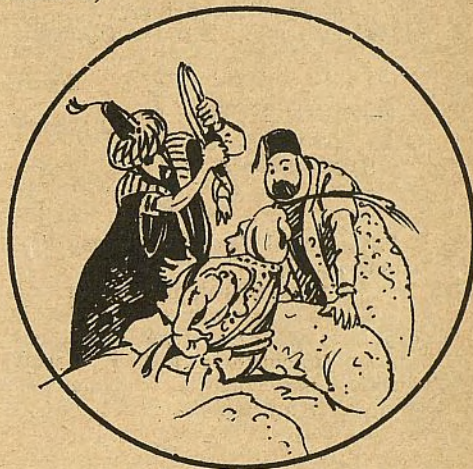


El eunuco en quien lo ensaya
ni chilla ni se desmaya.

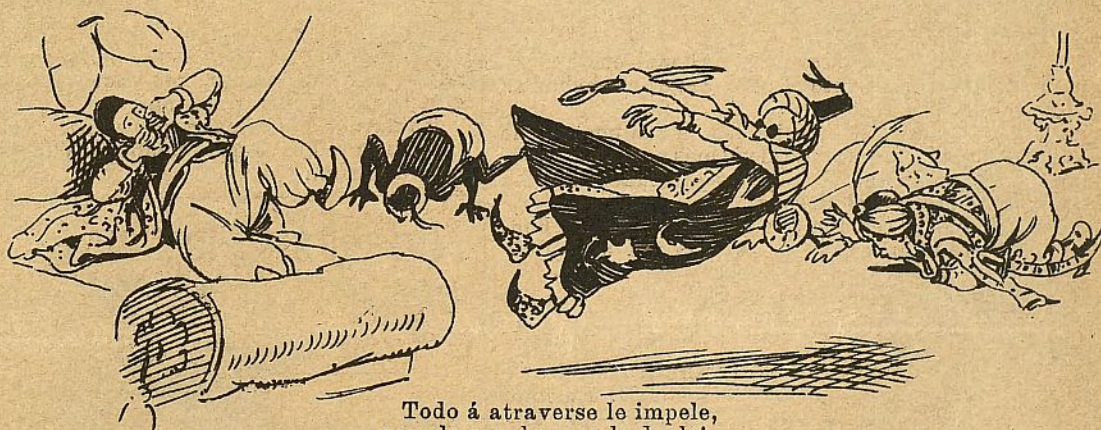
(ARREGLO DEL ALEMAN
POR D. RAMÓN ESCALER.)



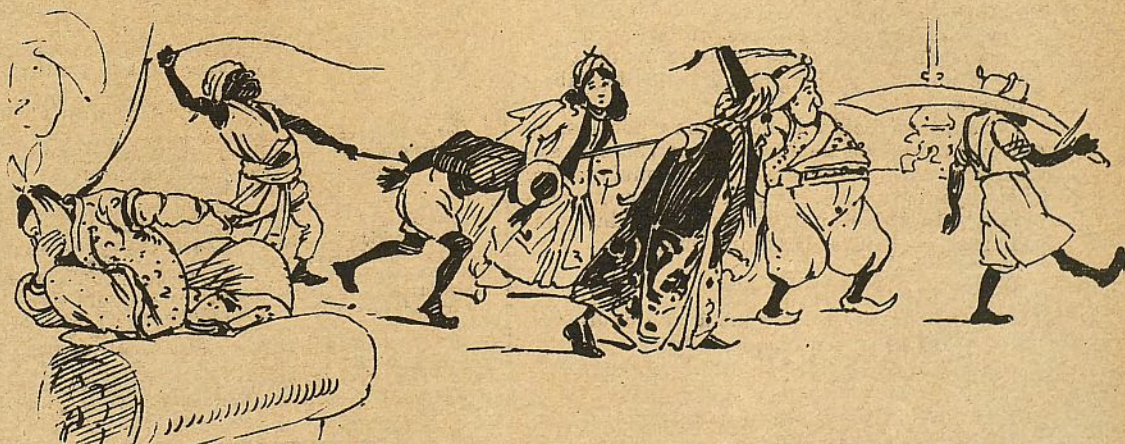
Tampoco la favorita
se ha quejado ¡pobrecita!



Y tampoco el Gran Visir
da señales de sufrir.



Todo á atraverse le impele,
pero lo prueba... ¡y le duele!



—¡Por su informe engañoso,
que mueran—el Sultán grita—
el Visir, la favorita
y el eunuco y el doctor!

Así pagó aquel caimán
de sus siervos las larguezas...
y costó cuatro cabezas
una muela del Sultán.

CHIRIGOTAS

Corresponsales exclusivamente encargados de la venta de LA SEMANA CÓMICA.

En Barcelona: D. JUAN TASSO
Kiosco de la Rambla, frente a la calle del Hospital.

En Madrid: D. JULIAN RODRIGUEZ
Tesoro 5, bajos.

Solución al *Jeroglífico tipográfico* de la semana pasada.

ESTE MES ES DE TREINTA DÍAS

Ha sido el primero en mandar la solución exacta el señor don José Ponsa, de Barcelona.

A quién, conforme a lo prometido, damos .. nuestros más sinceros plácemes por su actividad, talento y penetración.

Se halla en Barcelona,—á donde ha venido á presenciar el estreno de su comedia *Un hombre serio*, que se verificará esta noche en el Novedades—el celebrado escritor y queridísimo colaborador y amigo nuestro, D. Antonio Sanchez Perez.

—¿Va Vd. á estar mucho tiempo entre nosotros?—le pregunté el otro día al estrechar su mano.

—Si me silban el jueves por la noche—me contestó—me marchó el viernes por la mañana.

De modo que ya sabemos que Sanchez Perez no se marcha el viernes.

Y que la semana que viene podremos honrarnos publicando un trabajo del aplaudido autor de *Un hombre serio*.

Así sea.

OBRAS RECIBIDAS.—*Nueve músicos clásicos y seis artistas españoles*. El señor D. Enrique Sanchez Torres, autor de este libro—que forma parte de la *Biblioteca popular del filarmónico*—siente la música como pocos y juzga por lo general con recto y excelente criterio, sin que esto quiera decir que estemos en todo conforme con sus afirmaciones. ¡Lástima que el Sr. Sanchez Torres no se dedique á juzgar algo que no esté ya juzgado! Precio del libro: 1 peseta.

Íntimas, colección de bellísimas poesías, en que Arturo Reyes demuestra una vez más sus excelentes dotes de poeta serio y concienzudo. Si el espacio lo consiente, en el número próximo reproduciremos una de las más lindas composiciones del libro. Precio: 1 peseta.

Si cuando pides celos á tu amada notas en su semblante palidez es que te engaña: si por el contrario tan tranquila la ves... no te fies tampoco, que es posible que te engañe también.

Si las señales quedaran de los besos que te han dado, ¡cómo tendrías la cara!

E. GAMBORINO.

Hablemos ahora de mi pleito. Como Vdes. saben, el número de la semana que viene—primero del segundo tomo del presente año—tendrá humos y pretensiones de extraordinario.

Constará de 32 páginas, la mitad de las cuales contendrán dibujos de Cilla, Cuchy, *Mecachis*, Pons, Escaler, *Melitón Gonzalez*, Luque, Pahissa, Lago, Figuer, etc, figurando en la otra mitad artículos y poesías de Picón, Palacio, Taboada, Guimerá, Lopez Silva, Sanchez Perez, Ansorena, *Pitarra*, Royo, Codolosa, Constantino Gil, Blasco, Catarineu, Estremera y otros muchos que no recuerdo en este momento.

En cuanto al precio, ya lo saben Vdes: 35 céntimos. Para los corresponsales y vendedores, 25. Para los suscriptores, gratis.

Y ahora... sigamos hablando de mi pleito.

¡Oh, desgracia! ¡oh dolor! *Lágrimas mías*... Al llegar á este punto, me dice el impresor que no cabe ni una línea más.

Hablaremos la semana que viene.

Todo se reduce á que compren Vdes. el extraordinario...

CORRESPONDENCIA



Un escritor.—¿Sistemáticamente? ¡No, por Dios! ¿Ve Vd.? De los dos sonetos de usted, uno, el primero, es *fuertecito*; y el otro es parecido en el asunto á uno que he visto ya publicado.

Tapón.—*Fucilar, huebo, hazaña*...

[*Tapá, Tapón, tapa, tapal*]

L. L.—Madrid.—Pues... no parecen de Vd. porque son sositos. Y precisamente lo que suele Vd. hacer muy bien, pero muy bien, son los epigramas.

J. C. B.—Valencia.—¡Vaya por la guasa! Porque eso está hecho en guasa ¡verdad?

Uno.—De los cantares, hay tres ó cuatro superiores. Lo demás... no es que esté mal, no señor, pero no llega á la talla.

C. C.—Cadiz.—¿Odas... y en serio? ¡Qué horror!

No lo admito, no señor.

J. P. R.—Pero ¿no se ha enterado Vd. todavía de que esas composiciones con *caída* final están mandadas recoger?

J. B.—Madrid.—Muy bonitos los cantares. Lo otro... ¡me parece que yo ya he publicado lo otro!

No son publicables (y siento ¡vive Dios! que la falta de espacio me impida decir por qué) las composiciones con cuya remisión nos han honrado los señores G. A. V., *Un tranquil*, y A. C. V. (Barcelona).—D. de I., *Cachavera*, J. D. S., *Pocovi*, A. C., *Arjomar*, P. N. y *Cantor-Niel*, (Madrid).—T. T. y *Cacharrito* (Burgos).—R. C. (Alicante).—A. J. S. (Almería).—*Castellfort*.—J. R. P. (Valladolid).—F. G. (*Zimbombá*).—*Conde Alva* (Reinosa) C. P. (Figueras).—M. E. S. (Castro-Urdiales).—*El de la guitarra*.—Q. Q. *Este* (Oviedo) y J. P. y D. (Tortosa.)

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje.

Lista

D. Fern.
» Luis
» Vital

D. Edm.
» L. d.
» José
» Edua

D. Tom.
» J. Ca.
» J. Ca.
» F. C.
» Fran.
» Ricar.
» R. car.
» Mari.
» Mart

D. Sines.
» Joaqu.
» José
» Felipe

D. José
» José

D. J. Fel.
» J. Fe.
» Carle.
» Juan
» Carle

D. Eduar.
» L. G.
» Alvar

Blanch
Mecachis

AÑO V.—TOMO I.^o

Lista de los autores cuyas firmas han honrado las páginas de LA SEMANA CÓMICA durante el pasado semestre.

A.

D. Fermín Gil de Aindilcegui.
» Luis de Ansorena.
» Vital Aza.

B.

D. Edmundo de C. Bonet.
» L. de Bonilla.
» José Brissa.
» Eduardo Bustillo.

C.

D. Tomás Camacho.
» J. Camallonga.
» J. Campo-Moreno.
» F. Chueca.
» Francisco Capella.
» Ricardo Castro.
» Ricardo J. Catarineu.
» Mariano de Cavia.
» Martín Lorenzo Coria.

D.

D. Sinesio Delgado.
» Joaquín Dicenta.
» José de Diego.
» Felipe Ducazcal.

E.

D. José Estrañi.
» José Estremera.

F.

D. J. Feliu y Codina.
» J. Fernández Bremón.
» Carlos Fernández Shaw.
» Juan de la Cruz Ferrer.
» Carlos Frontaura.

G.

D. Eduardo García.
» L. García-Ramón.
» Alvaro Gistón.

D. J. D. Gaviño.
» Melitón Gonzalez.
» Anselmo Guerra.
» Guerrita.

I.

D. Fiacro Iraizoz.
» José Ixart.

J.

D. José Jackson Veyan.

L.

D. Manuel Lassa Nuño.
» Rafael M.^a Liern.
» Adolfo Llanos.
» Florentino Llorente (*Florete*).
» Luis Lopez.
» J. Lopez Silva.
» E. de Lustonó.

M.

D. Fernando Manzano.
» Juan Martínez Villergas.
» Manuel Matoses.
» Luis Mazzantini.
Mr. Catulle Mendes.
D. Apeles Mestres.
» Alvaro de Mijenas.
» Manuel Millás.
» Carlos Miranda.
» Pascual Montagut.
» Antonio Montabán.
» F. Moreno Godino.

N.

D. Calixto Navarro.
» E. Navarro Gonzalvo.

O.

D. Narciso Oler.
» C. Ossorio y Gallardo.

P.

D. Eduardo de Palacio.

D. Manuel del Palacio.
» Miguel de Palacios.
» A. Perez Nieva.
» J. Perez Zúñiga.
» F. Peris Mencheta.
» Casimiro Prieto.

R.

D. Luís Ram de Vin.
» Marcial de los Ríos.
» J. Roca y Roca.
» José Rodao.
» L. Royo Villanova.
» Salvador Rueda.
» Julio Ruiz.

S.

D. Antonio Sanchez Perez.
» Fernando Segura.
» Ricardo Sepúlveda.
» V. Serrano Clavero.
» F. Serrano de la Pedrosa.
» Sobaquillo.
» Federico Soler (*Pitarra*).

T.

D. Luís Taboada.
» José M.^a de la Torre.
» Rafael Torromé.
» Ramón Trilles.

U.

D. Luís G. Urbino.
» Federico Urrecha.

V.

D. J. Vaca de Guzmán.
» Emilio del Val.
» Antonio de Valbuena.
Mr. Pierre Verón.
D. Eduardo Villegas.

Z.

D. Juan P. de Zabala.
» José Zahonero.

DIBUJANTES

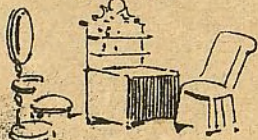
Blanch.—Cilla.—Cuchy.—Demócrito.—Escaler.—Figuer.—Melitón Gonzalez.—Lago.—Luque.—Mars.—*Mecachis*.—Apeles Mestres.—Perez Argemí.—Planas.—Pons.—Renau.—Ros.

ANUNCIOS

LA SUECIA, (PELAYO 8)

ó Una riña á grande orquesta

(Conclusión)



Ya hemos dicho que lo que estábamos contando era horrible, muy horrible.

Hemos dicho también que D. Lope sacó un puñal y que, rápido, enérgico, con la decisión y la ferocidad del que nada teme, llamó con el mango á una puerta.

La puerta se abrió.

Por la puerta penetraron los dos embosados.

Y después... nada. ¡No ha vuelto á saberse nada de ellos!

De lo que venimos contando se deducen dos cosas.

Primera: que *no* hay muebles como los que se expenden en LA SUECIA, de la calle de Pelayo, número 8.

Y segunda: que *si* hay muebles como los que se expenden en LA SUECIA: los que se venden en LA AMUEBLADORA, de la Plaza de la Verónica, número 2.

Esto á primera vista parece una paradoja: pero si se examina con atención y detenimiento, se verá que efectivamente lo es.

¿Qué hará, pues, en este caso la humanidad? Comprar los muebles en ambas casas.

Y es probado.

FIN DE LA NOVELA

LA NUEVA CORBATINERA

(Boquería, 31.)



Y ese encendido rubor que tu mejilla arrebató ¿no es verdad, mujer ingrata, que está murmurando amor?

—No, señor:

porque usa usted una corbata muy cursi y de mal color.



—¡Tuya será mi alma entera y tu amor será mi Edén

—¿Mas por qué, Julia hechicera?

—¡Porque ahora gastas, mi bien, corbatas compradas en La Nueva Corbatinera!

EL REY DE LOS MUEBLES

(Escudillers, 81)

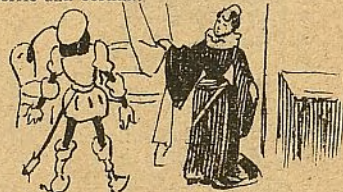
ó UNA PRETENSIÓN FRUSTRADA

(Conclusión)

—¿Habeis dicho? murmuró la princesa. —Que si algo, de eternidad más cierta que mi amor, me presentabais...

—Renunciariais á mi mano. Pues bien, yo amo al príncipe de Jápala-Gápala... y voy á mostraros *eso* que pretendéis, más eterno, si así cabe decirlo, que el amor vuestro.

Y dirigiéndose al fondo de la estancia, descorrió una cortina.



—¿Y bien? dijo el príncipe.

—¿Qué veis? ¿no os dice nada el corazón?

—Me dice, señora, que esos son unos muebles dignos de un rey. Pero no veo que...

—Es que estos muebles dignos de un rey, son del *Rey de los Muebles*... Ahí tencis, pues, lo que pediais...

El príncipe quedóse estático. Luego, sentándose en el suelo, quitóse las botas y lanzándolas á lo alto, empezó á dar aullidos y carcajadas salvajes.

—¡Había perdido la razón... y las botas!

¡Tenía que renunciar á la mano de la princesa! Porque el príncipe, como todo el mundo, sabía que nada, nada absolutamente, puede competir en lo eterno de la duración, con los muebles que se expenden en EL REY DE LOS MUEBLES, Escudillers, 81.

CHARADA ILUSTRADA.



Primera—dos



Tercera—cuarta



Total.

(La solución en el número próximo.)



Aquí tienen ustedes un hombre que casi no es un hombre, porque es un salvaje, un sér en estado primitivo.



Pues bien: cójanlo Vdes. y llévanselo á la camisería LA REFORMA, de la Plaza de Santa Ana, número 4, y Canuda, 28.



De allí, lo lleven ustedes á EL LEON ESPAÑOL, que, como Vdes. saben, está en la Rambla de Santa Mónica, núm. 8.



De allí ¡claro está! á la sombrerería LA ECONOMICA, de la calle de San Ramón, núm. 25. (Muestuario: kiosco de la Rambla del Centro, frente al Liceo.



Y luego AL REMONTOIR, de la calle del Hospital, núm. 99. Porque un hombre regularmente civilizado sin un reloj de Al Remontoir ¡no se concibe!



Ahora—dirán ustedes—ya está el salvaje hecho un hombre. Pues no señor. Ahora, para inculcar la fe en su espíritu é infundirle las nuevas creencias, le falta tomar unas copitas de la QUINA-MOMO, que fabrica y expende don José Torres, en la Carretera de Mataró, número 104, en San Martín de Provensals.